

Hay «progres» que a la bandera llaman «trapo». Hay tristes «trepas» que cambian de «trapo» por miedo a las tropas... Hay jacobinos que sueñan claros clarines que saluden en paso imponente de vencedores, redoblado por los timbales, marcado por golpes de porras en los parches de las pieles de los vencidos... Hay un viento de ira, una locura, una calentura, que hierve por los rincones exigiendo que se tomen serias determinaciones.

Hay aspirantes a mariscal que revisan sus mochilas rebuscando sus bastones de tal, seguros de ganarlos rompiendo las makilas de los vascones. Hierve España y ante su hervor sudan sienes plateadas imaginando el inefable modo que permita escribir del todo la sempiterna noticia: domuit feroces vascones...



Trapos, trepas, tropas

Gurea, ikurriña da

El bloque de clases dominante español, a falta de una comprensión científica de la sociedad, echa mano recalcitrantemente del único adobo que es capaz de añadir a su fuerza bruta: una mezcla de superstición y confianza en los conjuros mágicos. Y así a la precientífica definición de las inundaciones de Euskadi como castigo de Dios (o de Zeus o de Tlaloc), endosada con zafias referencias pseudoliterarias a los lloros de lluvia de los dioses, se añade por doquier la mágica confianza en que ese castigo de Dios haya sido eficiente y haya borrado como una esponja los torcidos renglones de la «guerra de las banderas» de la pizarra de la Historia de Euskadi. Incapaces de pensar, toman sus deseos por pensamientos.

Con rara unanimidad los periódicos destacan una entrevista de «Efe» al capitán general de la VI Región Militar.

«Pregunta: Antes de los trágicos sucesos de las inundaciones, el País Vasco vivió la denominada «guerra de las banderas» ¿Qué opinión le merecen esos incidentes?»

Respuesta.— He de confesar que es una pregunta que es penoso contestar ahora. Aquellos lamentables episodios parecen quedar a años luz en el tiempo y en la distancia. Todos debemos procurar que así sea y no se repitan. Cultivemos lo que nos es común y primordialmente los símbolos».

Dejando para después el hecho de que precisamente el problema existe porque hay suficientes gentes en de-

sacuerdo con que «nos sean comunes» algunos símbolos, uno recuerda inevitablemente unas lúcidas frases de Frantz Fanon: «Un ejército puede reconquistar en un momento dado el terreno perdido, pero ¿cómo reinstalar en la conciencia de un pueblo el complejo de inferioridad, el miedo y la desesperación?» («Sociología de una revolución»).

La esponja de las inundaciones no ha funcionado. Los problemas siguen. Manuel Monzón, militar, colaborador de «ABC» e «Interviú» lo manifiesta. Tras su estremecido y flamígero artículo agosteano de ABC que clamaba ¡Basta!, llegó a pedir en el mismo diario «un abrazo de Vergara» tras las inundaciones. En el «Interviú» del 7-13 setiembre vuelve donde solía: «... seguiremos

como estamos —que no se puede seguir— y la escalada independentista continuará en el País Vasco, con más que probabilidades de contagio a otras comunidades... Cualquier día nos vamos a encontrar con la irreversible y desagradable sorpresa de que un grupo etarra, uniformado a manera de «ejército de liberación», toma una localidad vasca durante unas horas, y proclama la independencia o el Estado vasco independiente».

Los manipuladores histéricos y los aprobeitxategis autoembrollados

La verdad es que el riesgo que corre el bloque de clases dominante español por usar los «intelectuales» que usa, es grande. No son mas tontos porque no se entrenan. Pero cumplen a la perfección la fórmula bíblica: «ciegos que guían a otros ciegos». Ciertamente es que la inteligencia a sueldo del bloque de clases dominante español ha sido históricamente espesa... pero ahora bate sus propios records de zafiedad y tosquedad.

Hay que ser manazas para montar un circo como el de los alcaldes españoles que peregrinan a Rentería para solidarizarse con su colega psoeísta y publicar en prensa y TVE el nombre del hotel... que todo el mundo en Euskadi sabe que no está en Rentería sino en Oyarzun. Hay que ser desvergonzados y torpes para afirmar que los incidentes de Rentería empezaron así: «Cuando grupos de jóvenes intentaron quitar la bandera española, la Policía lo impidió, produciéndose los primeros enfrentamientos y heridos» («Actual», núm. 75. pág. 6). Lo probable es que, además de torpes, esos manipuladores sepan de sobra que su trabajo tiene como destinatarios a los españoles y no a los vascos y no les importe descuidar detalles fácilmente detectables por los vascos pero imperceptibles para la audiencia española.

En otros casos se trata, seguro, de simple y pura idiocia. Como la propensión de «Cambio 16» a usar dudosos pareados como títulos (ETA, la bandera se respeta), a desconocer que la terminación «arra» puede ser despectiva y peyorativa para un español (macarra, guarra, etc.) pero suena a gentilicio y entrañable a un vasco (donostiarrarra, laudiotarra, etc.) de forma que se yerra al creer que la voz «etarra» suena mal. O como

la puerilidad de hacer dibujitos de vascos con boina, cuernos y rabo «demoniacos».

Estos analfabetos ni siquiera han descubierto el texto del siglo XII de Aymeric Picaud que, con buen humor y deportivo espíritu, señalara Arturo Campion como el texto más antiguo de la etnografía basko-nabarra. Y en el que se definía a los navarros (luego de decir que navarros y vascos es lo mismo) así: «Pueblo bárbaro, diferente de todos los demás en costumbres y en naturaleza, repleto de todo género de maldad, de tez morena, de aspecto miserable, depravado, perverso, pérfido, infiel y corrompido, libidinoso, borracho, amaestrado en toda clase de violencias, feroz y salvaje, immoderado y digno de desecharse, impío y poco afable, rudo y terco, que nunca practica el bien, maestro en todos los vicios e iniquidades y semejante en su malignidad a los godos y los sarracenos». (El genio de Nabarra, Beñat Idaztiak, editor. Donostia. 1936. pág. 34). ¡Menuda carrera podría haber hecho el tal Picaud simultaneando puesto en plantilla de «Cambio 16» y como redactor de textos para el Plan ZEN!

Una explicación para el fracaso de las mentiras españolas: El efecto Argelia

Decíamos hace un momento que es probable que el descuido de los detalles en las mentiras españolas sea síntoma de que sus autores ya no piensan en los vascos como sus

destinatarios. Además de la estrategia sistemáticamente seguida por el movimiento abertzale («La verdad es siempre revolucionaria») cabe completar la explicación de la ineficacia sobrevenida a la manipulación informativa española con una ojeada a un proceso similar. Ha sido también Frantz Fanon quien nos lo ha descrito:

«Desde los primeros meses de la Revolución, el argelino, como una medida de auto-defensa y a fin de escapar a lo que considera las maniobras mentirosas del ocupante, se ve obligado a servirse de sus propias fuentes de información. Saber lo que realmente ocurre, conocer a la vez las pérdidas reales del enemigo y las suyas propias, es algo fundamental. En esta época, el argelino siente la necesidad de elevar su vida al nivel de la vida de la Revolución. Tiene necesidad de entrar a la red de las informaciones y de penetrar en el mundo en que ocurren las cosas, en que hay lugar para los acontecimientos, en que operan las fuerzas. A través de la guerra que han emprendido los suyos, el argelino afirma su comunidad. El argelino debe oponer sus propias informaciones a las informaciones del enemigo. A la verdad del opresor, antes rechazada como mentira absoluta, se opone otra verdad propia. La mentira del ocupante cobra ahora un nuevo significado, ya que hoy es una mentira en peligro, a la defensiva. Las actitudes defensivas del ocupante, sus reacciones y resis-



El tema de la ikurriña saltó a la palestra de los medios de comunicación a partir de las fiestas de Orereta.

tencias subrayan la eficacia de la acción nacional y la incorporan al mundo de la verdad. La reacción del argelino ya no consiste en un rechazo crispado y desesperado. Puesto que se muestra inquieto, la mentira del ocupante se convierte en un aspecto positivo de la nueva verdad de la Nación».

La sencilla claridad de la posición de Herri Batasuna

Mencionamos antes la estrategia informativa del movimiento abertzale: «La verdad es siempre revolucionaria». Esa estrategia resplandece en la sencilla claridad que muestran las posiciones públicas de Herri Batasuna en la famosa «guerra de las banderas». Txomin Ziluaga, secretario general de HASI y miembro de la Mesa Nacional de HB, es entrevistado por «Actual» (la revista en la que el PSOE tiene dineros) y le dicen: «Pregunta: Se acusa a Herri Batasuna de haber planeado y organizado la «guerra de las banderas» para provocar al Ejército. Respuesta: Es falso que hubiéramos planificado nada en ese sentido. Lo que teníamos organizado era la campaña contra el plan ZEN, pero lo de la ikurriña ha surgido espontáneamente, y HB lo ha recogido inmediatamente, hasta el punto de que viejos militantes del PNV nos vienen a felicitar y nos dicen: 'Defendéis lo que nosotros defendíamos antes'. Nuestra bandera es la ikurriña y nadie puede obligarnos a defender otra, y mucho menos la bandera que llevaban los aviones que bombardearon Guernica». («Actual», núm. 75, 29-VIII-1983, pág. 9).

En su reunión ordinaria del sábado 10 de setiembre de 1983, la Mesa Nacional de HB se reafirmó en «la defensa de nuestro símbolo nacional en todo tipo de conmemoraciones populares, defensa que seguirá siendo rotunda e inequívoca, recogiendo el amplio sentir del pueblo y rechazando, en consecuencia, las posturas impositivas y confusio-nistas de las formaciones políticas claudicantes». Esta defensa se efectuará al ser la ikurriña «símbolo histórico y presente de libertad, lucha, resistencia y soberanía nacional del pueblo vasco», y ello junto a la defensa «del euskara como lengua nacional, cultura, tradiciones, territorialidad y otras cuestiones de



A lo largo de este verano muchos pueblos de Euskal Herria han dejado bien claro que la ikurriña es algo más que un símbolo.

principio». («Egin», 11-IX-1983, pág. 4).

Iñaki Esnaola declaró a «Egin» que el nombre «guerra de las banderas» lo considera poco apropiado «ya que se trata en realidad de una lucha por la soberanía nacional de Euskadi», además de que para que fuera una «guerra» haría falta una intención bélica, lo que no es el caso al menos por parte vasca. La soberanía nacional de Euskadi. Ahí sí que está el meollo del asunto.

El lúcido diagnóstico de Telesforo

Va a hacer ahora cuatro años. El 25 de setiembre de 1979 Telesforo de Monzón hablaba a la prensa internacional en Madrid, en el Club Internacional de Prensa. Y con sencillez y claridad y verdad revolucionaria hacía un lúcido diagnóstico del nudo del problema vasco. Naturalmente extrayendo la almendra, el problema de la soberanía nacional de Euskadi. Dijo: «¿De qué le sirve a España y a Francia, de qué le sirve el sujetar a nuestro pueblo por la fuerza si se le ha marchado el espíritu? ¿Cuándo se produce el divor-

cio en un matrimonio? ¿Cuándo se va al notario a firmar un papel? El divorcio en un matrimonio, se produce cuando ya no se quiere vivir juntos. ¿De qué le sirve a Francia, de qué le sirve a España y ahora hablo de España concretamente, de qué le sirve sujetar por la fuerza a nuestro pueblo si nuestro pueblo se le quiere marchar? ¿De qué le sirve meter al pájaro en la jaula si el pájaro no ve más que el momento en que se abra la puerta para escapar? Entonces, no hay nada eterno en política, lo que nosotros venimos a proponer muy seriamente, muy seriamente, es la posibilidad de que se conceda a nuestro pueblo esos dos derechos fundamentales a que me refería, porque hay cinco condiciones de las que después hablaremos, (pero quizás, para mí las fundamentales son esas dos): la unidad del pueblo vasco y en este caso referente a España, la unidad de Euskadi Sur, y segundo el derecho de este pueblo a disponer de sí mismo, la auto-determinación». (Herri Baten Oihua. Telesforo Monzón. Edita Mesa Nacional Herri Bata-

suna. 1982, pág. 88 y 89).

Lúcido. Nitido. Claro. Sencillo. Transparente. La verdad de una posición, que es revolucionaria (la posición y la verdad que la expresa sin tapujos ni dengues ni habilidades). Frente a esa diáfana exposición puede usarse, naturalmente, la fuerza. Pero entonces se cosechan reacciones como esta, publicada en la revista piñuve «Euzkadi» (núm. 96, pág. 33): «Podrán tomar militarmente todos los ayuntamientos que quieran y poner las banderas que quieran. Llenar de botes de humo todas las plazas de Euskadi... ¿pero convencer? Hoy todos somos Rentería». Firmaba Miren Artola.

La patética postura de los minimizadores: Los progres del trapo

Hay que insistir. Hay que volver a repetir y a repetirnos que no es exageración el decir que el bloque de clases dominante español está crispado hasta el paroxismo con el «problema vasco». Y que el tema de las banderas está siendo no la espoleta sino, simplemente, la piedra de toque de ese paroxismo. Decir eso

es decir algo demostrable cuantitativa y cualitativamente.

Cuantitativamente es fácil hacerlo simplemente pasando unas horas en una hemeroteca provisto de un doble decímetro y una calculadora. Si se mide el espacio dedicado al «problema vasco» en las revistas y diarios españoles se advierte su obsesiva dominancia. Si los datos cuantitativos se ponderan atendiendo a la importancia y relevancia de las páginas y de las secciones, de los columnistas y de las firmas implicadas, los resultados saltan a la vista, impresionando.

Cualitativamente es posible aducir docenas de síntomas. Mencionaremos uno solo. «ABC» es un diario típicamente conservador y reaccionario. Pero también típicamente bienpensante y ponderado. No es «El Alcázar». No se trata de la fuerza de choque panfletaria para las huestes de a pie, para las clases de apoyo (pequeña burguesía antigua y nueva) del bloque de clases dominante. «ABC» tiene pátina e ínfulas de culto, vitola de bien escrito, tradición de ser leído por los

influyentes (locales y cosmopolitas, en el estricto sentido sociológico empleado por Berton). «ABC» es periódico típico de banqueros, consejeros de administración, profesionales bien instalados desde hace varias generaciones, oficiales generales, magistrados, príncipes de la Iglesia, académicos, etc. Pues bien, precisamente en «ABC» el 19-VIII-1983 un militar, firmando expresamente así (Manuel Monzón, Militar) publicaba, bajo el título «¡Basta, basta, basta ya!», cosas como éstas referidas a la «guerra de las banderas» y sus implicaciones: «Esta hoguera ya no se puede reducir con «medidas legales» solamente. El enfermo no responde al tratamiento democrático y de Derecho porque ambas cosas —democracia y Ley— les importa un rábano a los integrantes de este cuerpo tocado del mal secesionista. Una rebelión —y cada vez caben menos dudas de que esto lo es— se trata con medidas penales cuando ha sido dominada. Pienso que cuando está «increscendo» lo que hay que hacer es sofocarla; la Ley se diluye entre el fanatismo, el fra-

Los Trepas que cambiaron de trapo por

Insistimos. La petulante, superficial y pseudoprogre afirmación de que una bandera es un trapo presupone, noventa y nueve veces de cada cien, que el afirmante es científicamente analfabeto, teóricamente estreñido y políticamente insensato y lenguaraz.

Sucede, además, que en el circo de payasos y augustos que constituye la mal llamada clase política del Estado español los que balandronean con esas afirmaciones coinciden luego sospechosamente con los blandos de espino, expertos en genuflexiones y hábiles trepadores en la cucaña que les permite alcanzar el mejor precio por sus convicciones.

Mucho llamarle trapo

a una bandera. Pero también mucha impavidez para cambiar de trapo por miedo a que las tropas les impidan continuar su carrera trepadora. Cuando la televisión de la Euzkadi independiente, socialista, reunificada y euskaldun dedique uno de sus canales a la enseñanza de la Historia proyectará, para conocimiento y reflexión de sus teleparticipantes (porque esa televisión usará la posibilidad de feedback) guiones como éste:

Risas y lágrimas, el PCE cambia de bandera

— (Interior. Palacio de la Moncloa, Despacho del Presidente de Gobierno. En un calendario la fecha: 26 de febrero de 1977. En escena, fumando nerviosamente

un Ducados, Adolfo Suárez. Y su Vicepresidente Alfonso Osorio). Alfonso Osorio (vehemente): ¡No puedes ir, Adolfo! Tu eres el presidente del Gobierno y Carrillo es el secretario general de un partido ilegal.

Adolfo Suárez (decidido). Puedo ir. Iré. Ya le he dado mi palabra a través de Armero. Y además voy a segarle la hierba debajo de los pies al PSOE. Carrillo va a comprometerse a reconocer públicamente a la Monarquía, a la bandera roja y gualda y a la unidad de España. Ya sabes que el PSOE aún no se ha comprometido ni con el Rey ni con la bandera.

(Fundido en negro. Voz en «off»: Y Adolfo fue...)

(El fundido en negro se resuelve en las imágenes de la caravana comunista en la noche de la Gran Vía madrileña. Tremolar de banderas rojas desde los coches, concierto de claxon, canciones. Voz en off: ... Sabado Santo, 9 de abril de 1977, Sabado de Gloria para el Partido Comunista de España que ha sido legalizado por el Régimen...).

(Escena muda. La cámara lenta enfatiza los gestos airados de los tenientes generales reunidos en el Consejo Superior del Ejército. En la esquina de la imagen parpadea un letrero con la fecha: martes 12 de abril de 1977. Voz en off de un locutor que lee fragmentos de un comunicado: ... «profunda y unánime repulsa del

gor de las explosiones y el tableteo de las metralletas».

Cuando las cosas están así es cuando resultan patéticos los esfuerzos de algunos progres desnortados que hacen desmañados intentos por minimizar las contradicciones reales, por echar agua al vino, por disminuir las tensiones.

Por ejemplo, los que salen por el donoso registro del materialismo vulgar, del materialismo grosero, y afirman —enfáticos— que una bandera es un trapo y que ningún trapo vale un centímetro de la piel de un hombre, cuando menos la vida de ningún hombre.

Son un tipo de hombres decididos a convencerse a sí mismos (y, lo que es peor, a los que les leen y/o les escuchan) de que las cosas no son tan tremendas como la gente dice. Son los que, por ejemplo, ironizan sobre qué es eso de la guerra en Euskadi. «Lo que supone una rara guerra en la que, entre tiro y tiro, se baila y se bebe como si no pasara nada», escribía Luciano Rincón en «El Socialista» (17-24 agosto 1983, pág. 22). Son los que dicen que ellos van por



En los anteriores años de esta democracia descafeinada nunca hubo ningún problema porque la ikurriña ondease sola o con la bandera local en los pueblos donde se celebraban fiestas. El PSOE, este verano del 83, ha creado una situación insólita y sin precedentes.

ahí tomando potes y que no ven la guerra por ninguna parte. Que menos lobos. Que hay que echarle más bemoles lúdicos a la vida y comer y beber más y mejor. Y follar más. Siempre añaden que lo que pasa es que se folla poco y mal.

Patéticos. Resultan patéticos, como tocados de canotier y baston-

cillo en pleno temporal empeñados en negar que llueve a raudales. El 16 de mayo de 1957 «Resistance Algérienne» publicaba un texto demagógico para estas pretensiones teóricas: «No existe la ocupación de la tierra junto a la independencia de las personas. Es la totalidad del país, su historia, su pulso cotidiano los

miedo a las tropas

Ejército...» «profunda preocupación...» porque afecta «a instancias tan fundamentales como la unidad de la Patria, el honor y respeto a su bandera...».

(Cafetería del Hotel Meliá-Castilla. Se encuentran José Mario Armero y Jaime Ballesteros, que durante meses han personalizado el enlace secreto Gobierno-PCE. José Mario Armero susurra: «Es urgente que el Comité Central del PCE reconozca pública y formalmente la Monarquía y la bandera. En el Consejo Superior del Ejército las discusiones fueron mucho más duras de lo que el comunicado da a entender. Muchos de los tenientes generales querían exigir al Rey que desautorizara a Suárez y a Gutiérrez Mellado...

Urge, urge, urge...». La cámara, mientras Armero habla, hace primerísimo plano al entrecejo, cada vez más fruncido de Jaime Ballesteros... (Comité Central del PCE. 13,00 horas del 15 de abril de 1977. Carrillo toma la palabra de improviso. La voz es grave y solemne: «Nos encontramos en la reunión más difícil que hayamos tenido hasta hoy desde la guerra... En estas horas, no digo en estos días, digo en estas horas, puede decidirse si se va hacia la democracia o si se entra en una involución gravísima que afectaría no sólo al partido y a todas las fuerzas democráticas de la oposición, sino también a las reformistas e institucionales... Creo que no dramatizo, digo en este mi-

nuto lo que hay». La cámara recorre los rostros preocupados de los miembros del Comité Central mientras que Carrillo sigue proponiendo que se tome inmediatamente el acuerdo de reconocer formalmente la Monarquía y la bandera bicolor. Breve debate. Votación.

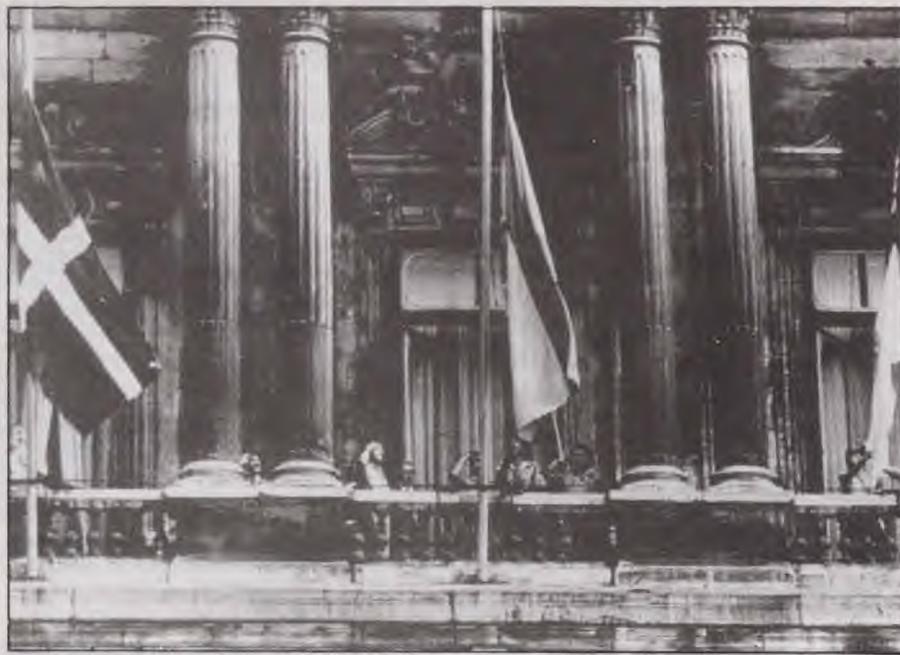
Sólo 11 abstenciones, ningún voto en contra... La bandera bicolor se coloca en el estrado junto a la roja con la hoz y el martillo. La cámara remonta hacia arriba hasta tomar sólo la punta de los dos mástiles. Congela imagen y...

... hace travelling atrás recogiendo fognazos de flash de fotógrafos de prensa. En el mismo decorado, rueda de prensa.

Carrillo está hablando: «En tanto que representativa de ese Estado que nos reconoce hemos decidido colocar hoy aquí, al lado de la bandera de nuestro partido, la bandera del Estado español, la bandera bicolor. En lo sucesivo, en los actos del partido, al lado de la bandera de éste figurará la bandera con los colores oficiales del Estado».

(Funde en negro. Abre sobre imágenes en blanco y negro de un noticiero de la guerra civil: desfila el quinto regimiento. Sobre las imágenes suena la tonadilla zarzuelera: «Banderita tu eres roja, banderita tu eres gualda...».

Funde negro y campea el título: Risas y lágrimas = el PCE cambia de bandera).



La fotografía recoge el momento en que miembros de la Policía Nacional izan la bandera española en el ayuntamiento de Bilbao.

que han sido negados, desfigurados, con la esperanza de una definitiva anulación. En estas condiciones, la respiración del individuo es una respiración que se espía, ocupada. Es una respiración de combate».

Una bandera no es un trapo

Es difícil realmente llegar a decir tantas tonterías juntas en una frase tan corta como la de «una bandera es un trapo». Porque es obvio que una bandera está comunmente hecha con tela y si no gusta de decir «trapo» por «tela» pues hasta la frase resulta correcta en cuanto a contarnos de qué está hecha una bandera. Pero es también evidente que una bandera es muchas cosas más que la cosa o las cosas de que está hecha.

Para empezar, una bandera es un signo empleado como instrumento para la comunicación.

La interacción entre los animales humanos funciona por y a través de la comunicación. Por la comunicación los hombres se transmiten una información con vistas a una respuesta. Actuamos del modo como actuamos porque nos comunicamos.

Una bandera es un signo que comunica, que simboliza, un mensaje cuyo significado se hace, se construye entre emisor y receptor mediante un proceso dialéctico, una lucha o asociación entre emisor y receptor por imponer y construir el significado.

Una bandera es un mensaje, una

forma significativa que se constituye en un sistema de posibles significados a elegir por el destinatario. El destinatario, el que ve la bandera, transforma los significantes del mensaje en significados. Que pueden ser distintos de los que quería el autor (el que hizo/puso la bandera). La misma bandera puede ser interpretada como expresión de dominación o de liberación según el significado escogido por el que la ve. Y, seguimos, el mensaje interpretado como significado puede ser, a su vez, fuente de nueva información para otros destinatarios («esa es la liberación que también te libere a tí», «esa es la opresión que también te oprime a tí»).

Dicho de forma menos abstracta. Una bandera es uno de los símbolos empleados para señalar permanentemente la pertenencia a un grupo étnico-nacional. Como uno no puede estar permanentemente haciendo manifestaciones de su unidad al grupo étnico-nacional, se utiliza el «ahorro» expresivo del empleo de símbolos: tatuajes, pinturas corporales, trajes nacionales, emblemas, tipos de escritura, banderas, idioma. El respeto a los símbolos y la participación en prácticas y ritos, la fidelidad a las organizaciones, son las normas que vehiculan, que instrumentan, la pertenencia a un grupo étnico-nacional.

De donde se deduce que una bandera es mucho más que un trapo. Es un instrumento importante para la

integración de un grupo y la expresión de una solidaridad.

Solidaridad revolucionaria y vinculación solidaria tradicional

Es claro que hay banderas y banderas. Porque hay solidaridades y solidaridades.

La solidaridad fundamental solo se produce en el proceso revolucionario. En la medida en que ese proceso es el que promueve históricamente la condición humana, el que va construyendo históricamente la condición humana.

Y esa solidaridad fundamental nada tiene que ver con la pseudogenerosidad del egoísmo modulado, de quien desconoce (constitutivamente, históricamente) la solidaridad fundamental y tan sólo tiene arrebatos de generosidad. Que sirven simplemente a la satisfacción de un ego, ya sea tradicional o individualista. Y eso aunque estas modulaciones puedan producirse como consecuencia del ondulamiento de fondo de una necesidad de la solidaridad aún no presentada.

Es cierto que en la sociedad tradicional existía otra forma de vinculación solidaria profunda. Pero estaba determinada por los papeles tradicionales y por el sistema establecido para la reproducción de la estructura social.

Por eso parecen (y son) tan distintas las formas de responder al signo que es la bandera. Porque depende del significado que en ella se lea.

Y por eso aparece tan potente la respuesta cuando la bandera significa la expresión de la solidaridad fundamental producida en un proceso revolucionario que se oriente a la construcción, en el ámbito territorial —geopolítico— propio recobrado, de una sociedad nueva sin explotación, sin dominación del hombre por el hombre.

La Reforma democrática y la ikurriña

Si alguien necesita una prueba de que una bandera es bastante más que un trapo bastaría con que reflexione sobre cómo el cambio de comportamiento del Gobierno de Madrid con la ikurriña refleja un cambio importante en la estrategia del bloque de clases dominante español respecto de Euskadi.

Iñaki Etxeola ha subrayado a «Egin» que: «En los anteriores años de esta democracia descafeinada

nunca hubo ningún problema porque la ikurriña ondeara sola o con la bandera local en los pueblos donde se celebraban fiestas. HB lleva presentando mociones en los Ayuntamientos proponiendo que se coloque sólo la ikurriña desde que ésta se legalizó, e incluso el PNV ha estado de acuerdo con ello... Ahora bien, resulta que en octubre de 1981 se aprueba en las Cortes españolas la ley sobre uso de las banderas, y aunque en 1982 no pasa nada (se sigue poniendo la ikurriña sola en muchos pueblos), este verano ocurren los hechos de Orereta, Tolosa, Bilbao y demás, creándose así una situación insólita y sin precedentes».

¿Qué ha sucedido?

Nosotros vemos como muy claro que el bloque de clases dominante español ha comprobado el fracaso de su estrategia flexible para Euskadi y ha decidido obrar en consecuencia rectificándola.

¿Cuál era esa estrategia de la «Reforma democrática» para Euskadi?

Estaba, naturalmente, ligada a la global para el Estado español. Consistía en lograr que Euskadi «tragara» la estrategia global de la «Reforma democrática» que implicaba unos cuantos cambios morfológicos, unos cambios formales que mantuvieran intocados e intocables unos supuestos básicos:

- La unidad del mercado (la unidad territorial de España).
- El respeto del sistema capitalista y la inserción (reforzada —OTAN—) como eslabón de la cadena imperialista yanqui.
- La intangibilidad de la Corona y de los aparatos de Estado (Ejército, Policía, Judicatura, funcionariado) que garantizara los otros dos.

Y ello incluso con mejoras sobre la situación anterior (reforzamiento y «modernización» de un Estado fuerte y recuperación de la tasa de ganancia).

La estrategia para Euskadi implicaba que el bloque de clases dominante aceptaría fabricar como interlocutor válido en Euskadi al PNV, en tanto que instrumento de la burguesía nacionalitaria vasca.

Esa aceptación (que obligaba al sacrificio de la gran burguesía vasco-españolista, tradicional detentadora del papel hegemónico en Euskadi) tendrá la ventaja de permitir:

- a) Controlar estrechamente los límites y el uso de las facultades de acción delegadas (la «autonomía»).
- b) Destruir las opciones radicales que unían a la exigencia de la autodeterminación el propósito de cambiar el sistema y las relaciones de producción.
- c) Desgajar de los seguidores de esas opciones radicales porciones substanciales que aceptarían el «juego en las instituciones» con la ilusión de que esa vía les permitiera un día llegar al «poder autonómico».



Era una estrategia arriesgada. Aunque fracciones importantes del bloque de clases dominantes estaban en contra del modelo «Reforma democrática» y aún más en contra del submodelo que, para desmontar la fuerza y cortar las vías de la reivindicación nacional vasca y de la revolución socialista a ella asociada, exigía dar protagonismo al PNV y hacer paripés con ikurriña, Estatuto, Policía Autónoma, Concierto Económico y tutti quanti. Arriesgada, porque esas facciones iban a exigir como precio para tolerar todo eso la prometida eficacia en el aplastamiento de las «exigencias maximalistas vascas», en el aplastamiento del movimiento popular vasco de liberación nacional y social.

Tras unos éxitos iniciales (entrada en el juego del PNV primero, de EE después, ruptura consiguiente del bloque vasco en «autonomistas» e «independentistas») el modelo no ha funcionado. HB ni ha sido asimilada ni ha sido destruida. El movimiento de liberación nacional y social de Euskadi sigue vivo y coleando. El rechazo expreso y explícito a la «Re-

forma democrática» y a sus «instituciones» sigue contando con el apoyo de docenas de miles de vascos.

El experimento ha fracasado

Y los precios (magros precios) pagados a los colaboradores (PNV, EE) resultan, a fuer de inútiles, insostenibles ante la presión creciente de las fracciones del bloque de clases dominante que nunca creyeron que el «invento» funcionaría. Y que repiten a cada rato: «ya os lo advertimos».

Es más, las contradicciones del modelo han permitido a los «radicales» profundizar en la radicalización de sus formulaciones y demostrar con la práctica la validez de sus tesis. Hay ahora más peligro que antes de aceptación de vías rotundas ante la evidencia de la inutilidad de las ya ensayadas.

Hay, por tanto, que reconducir el proceso. Hay que recoger velas. Hay que retirar concesiones que se han demostrado inútiles y contraproducentes.

Ese es el misterio que hay detrás del endurecimiento del Gobierno de Madrid (titere, siempre, no se olvide, del bloque de clases dominante).

Y, naturalmente, la ikurriña paga el primer pato. Por ella empezaron las concesiones. Por ella empiezan las renovadas represiones.

Un futuro abierto...

El futuro está abierto. La reconducción no es fácil. Todos los socios han apostado mucho en el envite. Y no va a serles fácil cambiar el juego.

El PNV es, más que un partido, un movimiento. Una ecléctica de clases y fracciones de clase que han podido ser llamadas por las cúpulas dirigentes en tanto que y porque éstas mantenían a nivel verbal, retórico y apariencias una coincidencia entre sus objetivos expresos (aunque se fijaran lejanos) con los sentimientos y aspiraciones nacionales de las bases.

Si el bloque de clases dominante español obliga a esas cúpulas a dessembarazarse de esa retórica incluso como retórica (por ejemplo obligándoles a poner la bandera española en Ajuria Enea) está por ver si las bases les siguen.

Veremos.

Porque, decididamente, una bandera es mucho más que un trapo.

La nuestra, la ikurriña.